

Del Dobra y otros montes

J. A. PÉREZ DEL VALLE

Los torrelaveguenses, siempre impredecibles, han organizado un movimiento deportivo-cultural en la estela del Año Internacional de las Montañas, y me invitan a sumarme; (pensaba que tras tantos años de ejercer de santanderino me habían olvidado.) Ello me hace sentir que ya estoy en una época de la vida en la que, en palabras de Octavio Paz, «pasó el tiempo de esperar el tiempo», y me asaltan «memorias de memorias de haber sido/ antes después ahora nunca siempre...»

Porque al citarme el monte Dobra, en honor al cual se desarrollarán por expertos diversas charlas, recitales, y hasta una excursión a su cima, los posos se me remueven. Hablarán del ambiente, de la educación, de la Historia; y a mí sólo se me ocurre revivir el tiempo vivido cerca de la falda de dicha montaña de perfil de pecho femenino, (ahora lo llaman seno, cuando esta palabra siempre significó entrante, el que hay entre ambos hemisferios, y no un saliente; pero los literatos son muy suyos, y yo pertenezco a la rama técnica.)

Mis limitadas condiciones físicas no me permitieron ascender al Dobra hasta el quinto curso del bachillerato. Le miraba a diario para prever el clima; si estaba claro allí, habría nordeste fresco, buen tiempo, (para la lluvia estaba al suroeste el Vidrio «poniéndose la gorra.») Pero lo dibujé muchas veces, cuando salía a pasear con un tintero de china sepia y un pincel, o con mi lápiz azul-copiativo, que luego de humedecer el papel crema daba tonos muy bellos. Mi primera hombrada propiamente dicha fue el emprender su ascensión con unas compañeras de estudios, muchachas raras, tímidas y fácilmente escandalizables; y digo hombrada porque, sobre llegar a la cumbre, comencé a conocer algo acerca de la misteriosa condición femenina. Regresaron las chicas cansadísimas, quejándose de los zapatos, de apetito... pero todo se olvidó cuando, al llegar a La Montaña, sonó música: era la romería de san Blas. Y allí se olvidaron las quejas, para mí un fastidio, enemigo del baile, pues no fue fácil arrancarlas de la bolera, sus pasodobles, boleros y tangos.

Pronto supe, por Mircea Eliade y otros, que las montañas cónicas eran especialmente proclives a ser consideradas lugares sagrados, que para los antiguos la Naturaleza era algo «natural», un lugar sacralizado donde el caos se ordenaba como símbolo del universo; y sobre la estela del dios cántabro Erudino hallada en el Dobra; y conocí datos sobre la toponimia, las palabras Hano, Jano, Fano, (templo, en latín,) y que teníamos un Pico Jano, y Montehano... y que la Biblia hablaba de los cultos en los altos, (donde los judíos «fornicaban» con otros dioses.) Y siempre he seguido deseando los montes, tan cerca y tan lejos para mí, más allá de adonde no pueden pasar los coches; porque nuestro terruño es rico en flora, una de mis pasiones. Allá en la juventud una vez más subí a nuestro monte, con motivo de una cruz que erigieron unos deportistas devotos, creo... y también al vecino Jerrafil, donde se podían recolectar avellanas en setiembre, y bellas geodas y drusas de calcita, sus cristales transparentes, exangonales y piramidales.

No, los montes yo no los dominaría «porque están ahí», como dicen los alpinistas. Los montes, para mí, son sitios que facilitan un acercamiento a la trascendencia; quizá porque se respira más oxígeno, la vista se expande hasta el infinito... y aún recordamos el Sermón de la Montaña.

Y por los robles, los quejigos, los rebollos, de los que se armaron tantos eminentes barcos., y por el tejo totémico ...Y por las medicinales digital, celidonia, manzanilla, té, salvia...Y por los arándanos, castaños, endrinos, serbales, avellanos, mayetas que tantas hambres aliviaron a nuestros ancestros... Y por los narcisos, las orquídeas, las primulas, los ranúnculos, los lirios gratuitos de los campos... (Y los venenosos acónito, dulcamara, beleño, nueza, ruda...) Y por no ser prolijo alargando esta crónica no aludimos a la ornitología, a los lepidópteros... al resto de la zoología. Ni a los arroyos cantarines...

Siento no poder ofrecer, como colofón, siquiera un dístico sobre el Dobra; pero entre los torrelaveguenses seguro que más de uno habrá ya afilado la pluma sobre el tema. Lo celebraremos...